

# LA ESCUELA COSTARRICENSE



EN ESTE NUMERO.  
POSIBILIDADES DEL AGRO  
EN COSTA RICA  
POR  
VICTOR LORZ

5476 - IMPRÉNTA NACIONAL - 1933

# LA ESCUELA COSTARRICENSE

REVISTA PEDAGOGICA MENSUAL

Organo de la Secretaría de Educación Pública

Director: MOISES VINCENZI

---

AÑO II

San José, C. R., 15 de setiembre de 1933

Nº 15

---

## Posibilidades del Agro en Costa Rica

Por VÍCTOR LORZ

Me gusta comparar la tierra a una mujer eternamente joven. Madre de las cosas o madre de los hombres, la misma belleza, la misma esperanza, el mismo laboratorio divino, idéntica potencia de creación. Poned la generación humana bajo las leyes de la eugenesia y tendréis una raza fuerte y bella. Someted la generación de las plantas a la eugenesia vegetal, que es, selección de semillas y de cultivos, y tendréis una agricultura próspera. Llamo próspera a una agricultura, cuando satisface la ecuación de la vida de un pueblo. La vida de un pueblo es un complejo que abarca necesidades del cuerpo e imperativos del espíritu. Incluyo entre las primeras, no sólo las que se refieren a la vida física de cada hombre, sino las que mantienen el utillaje del comercio, de la industria, de la cultura y de la administración para los efectos totales de la existencia nacional. ¿Tenemos en el país una agricultura próspera e integral? En otros términos: ¿el agro de Costa Rica cubre no sólo las necesidades fisiológicas de sus habitantes, sino que guarda un sobrante para pagar con él todo el instrumento co-

mercantil, industrial, cultural y administrativo de la nación?. ¿Paga todo lo que consume y todo lo que importa? Tres respuestas abarcan la totalidad del problema: o *no* lo paga; o paga justo; o paga con exceso. No conozco una cuarta respuesta que solucione la cuestión a modo de cuatrilema. Si *no* lo paga con la tierra, lo pagará con un sobrante de la riqueza nacional atesorada, con la potencia de acumulación que es la resistencia de toda economía; viene el proceso de descapitalización y salta la palabra déficit. Si lo paga justo, hay equilibrio y la riqueza común permanece estacionaria, y se impone el signo =. Si lo paga con exceso, el patrimonio nacional sigue la curva ascendente, hay un proceso de capitalización y brilla el verbo superávit. En el primer caso, la nación se empobrece; acusada la pobreza se inicia la debilidad y se propende a la incultura, porque disminuída la capacidad total de adquisición en la materia y en el espíritu, se hace un alto en la civilización y se acentúa la decadencia. En el segundo, la situación no varía. Ni adelante ni atrás. Mas como toda situación es relativa y se juzga por comparaciones, resulta que, en medio de situaciones que avanzan, una situación estacionaria es, en todo rigor, de retroceso. En el tercero, la nación se enriquece; la riqueza crea necesidades nuevas y la potencia de satisfacerlas. El Estado se fortifica y acreciendo sus medios de defensa acrece su respeto y su prestigio. El tono general de la vida gana niveles.

\*

\* \*

Todas las naciones no pagan del mismo modo su presupuesto nacional. A este respecto, ellas se dividen

en dos grandes grupos: agrícolas e industriales. Teóricamente, las primeras producen; las segundas transforman. Aquéllas dan la materia bruta prima; éstas, devuelven la materia previamente elaborada, presta ya para servir inmediatamente su propia función. Pero esto, en teoría nada más. No hay naciones lisamente agrícolas, como no las hay a rajatabia industriales. No se conocen límites de separación geométricos. Con frecuencia los límites se confunden; los caracteres, por comunes, se superponen; siendo lo normal que el conjunto no sea sino una mezcla con preponderancia de lo uno o de lo otro. Arquetipo de naciones industriales *fué* Inglaterra. Dije, *fué*, porque ahora lo es lo mismo que Troya; es decir, ya no lo es. Albión que *fué* primitivamente como todos los pueblos antiguos un pueblo de pastores y de labriegos, se convirtió en el siglo XVIII en pueblo manufacturero. Esta metamorfosis no se debió a ninguna revelación del genio inglés. Hacía tiempo que Albión había arrebatado a España con el tridente de Neptuno la hegemonía del mar. S.glo y medio que Inglaterra empuñaba este cetro, y sin embargo, el *arriero de los mares* no aprovechó esta situación de privilegio para llevar a los pueblos nuevos sus máquinas. No tenía máquinas que llevar. *Fué* preciso que en el siglo XVIII, pensador y científico, se iniciara en grande escala el estudio de la naturaleza a favor del método de Bacon que debía desterrar la escolástica. Y *fué* la edad del carbón de piedra. La hulla, que desde hacía unos 200 millones de años estaba acumulada en el subsuelo, salió a la superficie; y viendo en ella el inglés el fundente ideal para sus hierros, construyó máquinas que llevó en sus buques a todos los ángulos del planeta. Monopolizó por 100 años

este comercio y como sacaba de este monopolio magníficas consecuencias para su bolsillo, abandonó el arado por el martillo emblema de la industria. Mientras duró la situación reventó de oro el inglés. El reinado de la reina Victoria (1838-1901) marcó el punto culminante de esta parábola áurea. A la sombra, o mejor, al fulgor de esta cascada de oro, resplandeció el poder político. Fué la época del *dos a uno*. Por cada quilla de buque que pusiera en gradas la nación rival más poderosa, Inglaterra ponía dos. Jamás poder alguno en la Historia llegó a las alturas del poderío inglés. En el mundo no se movía nadie sin la voluntad de Albión. Al *civis romanus sum*, sucedió el *made in England*; y al hombre que hablaba latín el que fumaba en pipa. Para cualquier movimiento de penetración de una nación europea en el continente africano o en el asiático, que no contara con el placet de su Graciosa Majestad, allí se alzaba inexorable el veto inglés. Recordemos entre otros el *non volunus* de Inglaterra a los intentos de absorción del Mogreb por parte de España y Prim después de las batallas de Castillejos y Tetúan. Y el episodio de Fashoda cuando Lord Kitchener encarándose enérgico con Marchand le intimó a cajas destempladas a retirarse. Y Francia se tragó en silencio la humillación . . . . Cuanto bocado succulento había en el último rincón del globo estaba reservado por los dioses para el man inglés. Este man era el señor natural de todo. Convertido en el señor feudal del último día, todo le rendía pleito homenaje y todo le pagaba el derecho de pernada de sus primicias. Los descendientes de Drake y de Morgan convertidos por un azar del destino en los amos del mundo gracias a la Home Fleet, se plantaron en las encrucijadas universales y cobraron

el barato a su antojo sin que nadie les chistara. ¿El Transvaal tiene rutilantes minas de oro y de diamantes? ¡Guay del Transvaal! ¿Que la China es un gran mercado para el opio de la India? Pues tendrá que abrir sus puertas a la droga inglesa. Y si no las abre, peor para ella. Ahí está la escuadra inglesa que las abrirá a cañonazos. Pero el error inglés consistió en creer su reinado de oro, eterno. Y su hegemonía política también. ¿Quién será osado a comparar la Inglaterra de 1934 con la de 1900?

Mas, sea de esto lo que quiera, es lo cierto que, mientras duró su siglo de oro, Inglaterra cubrió con creces su presupuesto de gastos con los productos de su industria. Los *arrieros del mar* vivieron espléndidamente un siglo entero llevando a las fábricas de la metrópoli las materias primas de todo el universo. Parte las consumían ellos mismos y el resto, previamente transformado era llevado con bandera propia a todas las latitudes, resultando enormes ganancias por estos conceptos: 1º flete de importación que quedaba en casa. 2º trabajo seguro en las fábricas para todos los obreros británicos. 3º flete de exportación. 4º utilidades del negocio de venta. ¡Ahí es nada! Pero si Inglaterra se adelantó a todas las naciones en el juego, éstas no tardarían en seguirla. Se inició la rivalidad, surgió con la envidia la competencia y una tras otra, todas las banderas siguieron el ejemplo de la primera y partieron el barato con ella. La guerra mundial derrumbando todas las economías y cambiando todos los valores hizo lo demás. Hoy, Inglaterra comprendiendo su error de haber abandonado su agricultura, rectifica sus posiciones y hace tremendos esfuerzos para que el campo la salve. Torna a la reagrarización, echa

mano del arancel y se hace autárquica. Pero comete un segundo error. Quiere fundar una economía grande, pero de casa, con los Dominios; una economía circular imperial, prescindiendo del Continente que la proveía de productos agrícolas y va a la conferencia de Otawa. Y ahora son los Dominios los que merced a esa conferencia inundan con sus productos los mercados de la metrópoli y arruinan con precios de dumping una agricultura enteca que acababa de renacer de sus cenizas.

\*

\* \*

Me he complacido en llevar algunas pinceladas de tonos vivos a la pintura de la época victoriana que marca el apogeo deslumbrante de la hegemonía de Albión. Hasta parecerá que lo hice con cierto placer sádico. Pero, sobre que el cuadro encaja justamente, rigurosamente con el rigor de una ciencia exacta, dentro del panorama total histórico-político del siglo XIX, he querido hacer resaltar con toques de alto relieve, una gran verdad que por el momento me interesa; verdad que ha sido, es y será eternamente el postulado máximo, la ley normativa de toda la ciencia económica; verdad que, si es cierto que por una vez y por una gran nación ha sido olvidada y postergada en la Historia, el derrumbamiento universal que ello ha producido no ha hecho sino resaltar los títulos de su preeminencia y la aristocracia de su jerarquía en la escala de los valores humanos universales. O no hay escarmiento en el mundo. Porque el hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra. Porque a mí, no me cabe duda de que el presente

eclipse de la civilización lo ha traído la máquina. Porque yo creo firmemente que el maquinismo, la gran industria, tal como ahora se entiende, es el enemigo capital del género humano. Y que, para que el mundo vuelva de este atontamiento, habrá que hacer este trabajo previo: desmontar muchas máquinas y destruir muchas fábricas. E si non, non. Y que todos los remedios que ensayan los curanderos de los pueblos son carabinas de Ambrosio y armas al hombro. El mundo no saldrá de su marasmo. No amanecerá otra vez sobre la desolación actual. El juego de la economía mundial, del comercio universal, obedece a *leyes naturales* y es en vano suplantarlo, *dirigirlo* con leyes artificiales. El mundo está enfermo de mal de máquina y es en balde hacerlo reaccionar con cataplasmas emolientes, cuando lo que necesita son revulsivos enérgicos y vejigatorios drásticos. Emolientes, no. Pero si queréis cataplasmas de este género, ponédselas a la estatua de bronce de La Libertad: es lo mismo. ¿Quién tiene la culpa de esta contaminación de técnica, de esta difusión de mal de máquina? La culpa original hay que colgársela indudablemente a Albión. Pero Albión responde que mientras ella sola tenía máquinas, el mundo en que vivíamos era el del doctor Panglós. El mundo estaba muy bien. Era el mejor de los mundos posibles, hasta que, a Alemania, de pura envidia, le dió por hacer máquinas también. Pero Alemania replica que, cuando partió con Inglaterra el imperio de la máquina y la mantequilla para sus tostadas de pan, todavía Cándido miraba embobado con sus gafas de color de rosa este bendito mundo; y que Cándido se espantó y huyó, sólo cuando los Estados Unidos entraron a la parte en el cobro del barato y lo hicieron como ellos solos



saben hacer todas las cosas: enormemente, desmedidamente, inconmensurablemente. Industria vertical, fabricación en serie, consorcios bancarios, miles de millones, contabilidad astronómica, el diluvio . . . . John Bull echa la culpa a Deuschland; Uber Alles, a Uncle Sam; Uncle Sam, a todos. Es la venta de Don Quijote; "Daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el arriero a la moza". Todo esto me trae a la memoria la célebre controversia suscitada entre los literatos y eruditos del siglo XVIII, ingleses y franceses, sobre quién había llevado primero a las islas de Taití el regalo del morbo gálico. Creo que, todos los que me lean, estarán al tanto del viaje de Bougainville "alrededor del mundo", y de su arribada a esas islas paradisíacas que estaban aún en la Edad de Oro. Jamás viaje alguno en la Grecia clásica revistió los caracteres de un viaje jocundo y dionisiaco a Citerea como el de Bougainville y de sus 400 mozos franceses de 20 a 30 años, a esas islas en donde reinaba la más amable de todas las diosas. Ni las pinturas de Suetonio y Juvenal sobre la antigua Roma, cuando en ciertos días y en ciertos bosques sagrados y al conjuro de una palabra mágica se abatían las águilas romanas . . . . En Taití no había días ni bosques sagrados ni había necesidad de una moneda, ni siquiera de abrir la boca con una plegaria a la buena diosa pidiendo la limosna del amor . . . . En la historia del mundo no hay nada parecido a aquellas entregas en público y en masa, sin dengues ni melindres, con una naturalidad y una inocencia que eran el perfume de la edad del paraíso. Pero los franceses, salieron horriblemente lastimados. El mismo jefe de la expedición dió un sí jocundo a la vida. De aquí la disputa: ¿quién llevó *aquello* allí? ¿cómo

explicar *aquello*? Bougainville y sus mozos decían: los ingleses de Wallis. Y los de Wallis replicaban: los franceses de Bougainville. Los taitianos callaban. Pero como habían conocido por los de Wallis el uso del hierro, estarían orgullosos de haber recibido de la Europa occidental estos dos presentes de su civilización: el hierro y el gálico. El mundo debe ahora también a otras naciones próceres otro morbo peor: el chancro maquinistoide, que tiene postrada en cama, enferma de gravedad, en cura larga (y no sé si posible) no a una quingentena de mozos samis, yonbules o tudescos (que eso sería lo de menos, pues son los culpables) sino a toda la humanidad . . . . Pero volvamos al buen camino.

\*

\* \*

Decía más arriba que, lo que me interesa dejar sentado es lo siguiente, que tengo por una verdad inconcusa: para saldar el presupuesto total de gastos de una nación cualquiera, yo no conozco más que esta solución: una agricultura integral. Porque la tierra, la madre tierra ha sido, es y será la base primera (o única), el primer valor eternamente positivo y auténtico de la riqueza de las naciones. Y como algunos pueblos han olvidado esto y han pretendido sustituir este valor por otros valores ficticios y lloran el fracaso, este fracaso y el paro-xismo de desesperación humana por él producido, son la contraprueba de mi tesis. Hay que propender a la creación de una agricultura integral en Costa Rica. Hoy con más razón que nunca. Ved lo que pasa en el mundo: abolición del libre cambio donde lo había; guerra de

aranceles; política de restricciones, de contingentes; congelación de créditos; autarquías económicas, es decir, comprar sólo al que nos compra, sin pensar si podrá o no comprarnos lo que necesita, o si podrá hacerlo en las condiciones liberales y mejores que lo adquiere en otros mercados . . . . En suma: perturbación total del juego del comercio que sólo pide para su vida y su desarrollo *vía libre*. Vivimos días de listas negras: otra barbaridad, una de tantas barbaridades que parió la guerra y que se ha aclimatado perfectamente en todas partes. Añádase también la serie de molestias y de gastos que se imponen como a un delincuente al querer emprender un viaje; esa otra barbaridad de la guerra y que ha echado ya raíces de costumbre entre nosotros; esa cosa absurda que se llama pasaporte y que no sirve para nada; las socaliñas, humillaciones y antesalas en los centros oficiales y burocráticos; y la sangrienta burla que aquel documento supone de los *derechos de la persona*, y de la libertad de ir a donde se quiera, que tanto nos cacarean unos artículos muy solemnes de todos los códigos . . . . Consúltese todo esto y dígase si todo este lastre de barbarie organizada y racionalizada que nos brinda la supercivilización moderna y que nos hace mirar con envidia a los salvajes, si todo esto junto puede crear en el mundo el mínimo de confianza que *dicen* que necesita para volver a su normalidad.

\*

\* \*

Establecida la autarquía como norma económica en todas partes, ya no hay eso de salir a los caminos co-

munes a buscar aventuras de bolsillo, sino de encerrarse dentro de las fronteras y ponerse en cura de salud para lo que pueda ocurrir, y aquí viene la construcción del problema: producir todo, absolutamente todo lo que se pueda producir en casa para consumo de casa, y un sobrante además, con cargo al capítulo de exportación. para comprar con él lo que *de ningún modo* podamos producir. Vayamos montando poco a poco el andamiaje del problema en construcción para estudiar más tarde las posibilidades de esta construcción y los medios, es decir, la técnica apropiada para llevar el edificio a su remate.

\*

\* \*

La vida de una nación tiene aspectos múltiples, todos los cuales hay que estudiar pues requieren también soluciones varias. Hagamos de estas necesidades dos grandes grupos: individuales y colectivas. Y de cada uno de éstos, un subgrupo: físicas y psíquicas. Todo individuo necesita nutrir su cuerpo y su espíritu. Nutre su cuerpo con los presentes de la agricultura, y su espíritu con los dones de la cultura; cultura que comprará con el sobrante del producto agrícola. Toda colectividad ha menester también de lo mismo. Tendiendo la actividad del cuerpo colectivo a satisfacer las necesidades de la comuna como tal, tendrá necesidad de instrumentos *materiales* colectivos: escuelas, talleres, fábricas, universidad, edificios públicos, libros, etc. etc.; y habrá menester también de la *esencia espiritual* que anime y ponga en producción aquellos instrumentos: aprendizaje, instrucción, conocimiento, dominio, cultura, técnica . . . . Es decir, la

preparación necesaria para hacer rendir el máximo de eficacia a aquellos instrumentos, necesarios para la vida colectiva. Esta preparación tiene dos caminos: o se adquiere con una cultura autodidacta, o con el órgano oficial que es la Universidad. Pues bien. Los valores que cubran y satisfagan todas estas incógnitas tienen que salir pura y simplemente del campo patrio. Sólo alcanzando este nivel podemos decir que hemos llegado al desideratum mínimo de la agricultura integral. Con que la agricultura cubra exactamente el presupuesto de las exigencias totales de la nación podremos darnos por satisfechos. La potencia de acumulación ni aumenta ni disminuye. Hay equilibrio, que es el segundo de los casos que quedaron planteados al principio de este ensayo. Pero hay que aspirar a más. Y ante todo: ¿es posible llegar a esto? Dadas las condiciones del país, la respuesta afirmativa incluye no sólo la posibilidad sino la facilidad de su realización. Hasta es probable que ésa sea la situación de la agricultura en Costa Rica. Tengo para mí, que el campo patrio paga perfectamente *cuanto* la nación consume. Quizá, hasta sobrepase un poco el punto de equilibrio e incline la balanza en el sentido de aumento de capitalización. No tengo estadísticas a mano; mas, tampoco me duelo por ello desde que las estadísticas están desacreditadas, pues sirven, al igual que la Biblia, para probar todo lo que se quiera. Ni tengo antojo de tenerlas. A tres cosas tengo antipatía en esta vida: a las leyes, a los escuadrones de números puestas en orden de batalla o de suma, y a la horrenda prosa administrativa. Decía que, hasta quizá haya un aumento en el patrimonio común. Pero digo también que esto no basta. Hay ciertamente en ese pandemonio de números

que forman la estadística nacional muchos renglones con signo negativo, y que fácilmente pueden ser valores con signo contrario. Descendamos un poco al campo de la prosa.

\*

\* \*

El agro nacional produce especialmente granos (maíz, arroz, frijol) y azúcar, tubérculos, banano, cacao, café. Los últimos tres productos, la reserva sagrada de la exportación. Con el dinero que ellos nos traen compramos fuera de casa lo que nos falta. No sé con seguridad si todo o parte; pero, de todas maneras, ellos son la cobertura de nuestras compras en el exterior. El azúcar y los tubérculos cubren en general las exigencias del país (menos cuando no las cubren) y a precios perfectamente populares: diez céntimos el primero, y menos de diez los segundos. Queda la santísima trinidad una e invariable del yantar costarricense: Maíz, Arroz, Frijol. Los pongo con mayúscula porque tienen algo de santos en el país. El campo patrio ¿los produce en condiciones de abastecer la mesa nacional? No. La nación los importa; paga por ellos; luego son tres valores negativos. Cambiarles el signo, es lo que hay que hacer. ¿Es imposible? No. ¿Es difícil? No. Se *puede* producirlos y se los *debe* producir a los mismos precios populares del azúcar: a diez céntimos. ¿Es difícil esto? No. Preguntádselo a Indochina, a China, al Japón, a Birmania, a Borneo, a Java. Desde estos países, es decir, desde unos puntos del planeta que distan de nosotros en longitud geográfica unos 140°, o sea más de 15 mil kilómetros, casi la mitad de un meridiano terrestre, nos ponen el

arroz en casa al mismo precio que el que se produce detrás de la casa de enfrente. Este arroz ha pagado al labrador de esos países; ha pagado derechos de exportación; fletes desde el centro productor al punto de embarque; flete de (seguramente) más de 20 mil kilómetros; otros derechos de importación; y otros fletes al centro de consumo. Y naturalmente, deja ganancias al importador. Y prescindamos de las comisiones por cambio de manos. Y nos cuesta lo mismo. Y es quizá, hasta superior. Si el arroz nacional no puede superar sus condiciones propias en cuanto a baratura y a bondad, este arroz no merece ni la defensa del arancel ni los honores de ser comido; y el agricultor nacional es un agricultor de pega y tampoco merece ser defendido. Lo mismo decimos de los frijoles. En los años pasados hemos comido magníficos frijoles blancos del Japón al precio de 25 céntimos. Y aplicamos al frijol nacional el mismo precio que el arroz. Desengañémonos: la doble armadura del arancel y del patriotismo forma una coraza impenetrable. Pero temamos siempre a la tranquilidad que dan estas corazas; a la galvanización y a la falta de acometividad que da al agricultor esta vida cómoda, sin aspiraciones a la perfección y sin competencias, que terminan por formar una economía insensible a las fuerzas evolutivas de la economía extranjera. Si no podemos producir el arroz y el frijol a diez céntimos, no servimos para nada. Es un axioma de la ciencia económica que todo lo que se produce en casa cuesta menos que si se comprara fuera. Y respecto del maíz, mientras no lo tengamos a cinco céntimos no tenemos derecho a alabarnos de que tenemos agricultura. Y en una palabra: mientras no tengamos los tres dioses del condumio nacional a los pre-

cios dichos, tengamos el pudor de no llamarnos agricultores, sino, a lo más, peones de albañil de la agricultura. Cuando tengamos los santos granos a aquellos precios populares habremos dejado de llevar más allá de las fronteras, para que otros lo disfruten, el patrimonio que debemos disfrutar nosotros y nuestros hijos. Si, como dice Fernando de los Ríos, la tierra de nuestros padres ya no se llamará algún día la *Patria*, sino la *Filia*, la tierra de nuestros hijos, con vista a ellos debemos cultivar intensamente nuestros campos que serán un día tierra de ellos, y conservar y aumentar el acervo común que mañana será también patrimonio de ellos. Pero hay más. Si es cierto que mirando a la autarquía económica que avanza, no debiéramos producir sino estrictamente lo que consumimos, pero nada nos impide hoy por hoy llevar nuestros granos a los caminos universales a luchar con los de fuera en una competencia ejemplar. Exportar granos e importar dinero. Tampoco esto ofrece dificultad en Costa Rica. Quizá le conviniera al Estado imitar lo que hacen tantos otros: ofrecer primas a la producción exportable. Fomentar la riqueza nacional con procedimientos que son moneda corriente en tantas naciones. Este gasto previo tiene una segunda cara: la reversibilidad. Pero no hago hincapié en esto, porque se me dirá que estoy buscando picos pardos o que estoy fuera de la realidad.

\*

\* \*

Lo que hemos dicho hasta aquí, no agota las posibilidades del campo de Costa Rica. ¿Agotar, dije? Apenas las enuncia; escasamente las desflora. Sería deshonesto



pensar que el labrador nuestro contento con producir el azúcar, el arroz y el frijol a 10 céntimos y el maíz a cinco, se echara a dormir diciendo: ¡qué gran hombre soy yo! El campo de la nación tiene potencia para mucho más. Cuando el agro europeo, sujeto a cultivos milenarios está cubriendo al mundo con sus productos, el agro costarricense que está (como si dijéramos) en la *edad de piedra* de su laboreo, ¿se declarará feliz con abastecer de cuatro granos la mesa nacional? Ved aquí una lista de posibilidades. Costa Rica *puede y debe* producir en gran escala y con materia prima de su propiedad, una gran variedad de mermeladas y jaleas; todas las telas de algodón, con el algodón propio; conservas de espárragos con espárragos propios, que los produce tan buenos o mejores que los de Aranjuez, los de Argenteuil, los de California o los de Wesfalia; en las altas montañas, ganado lanar para carne y lana; puede ensayar con éxito el garbanzo, la lenteja, el altramuz y el haba; avena, cebada, centeno, trigo; cantidades enormes de papel, de celulosa, de pasta química para papel; seda suficiente y su elaboración en casa para el gasto nacional; (quizá esta explotación diera mejores resultados, no en grande escala sino a domicilio y reducida, y sin pretender llegar a los áureos deslumbramientos que hizo cruzar ante nuestra vista, aquel magnífico aventurero que se llamaba a sí mismo doctor Oxigian); pita y cabuya para alpargatas, calzado de la gente pobre; el quino o cascarrilla, pues las laderas de sus montañas son análogas en condiciones generales a las que hemos visto en las montañas de Bolivia; el caucho y muchos de sus derivados; el chicle o goma de mascar; la higuera y sus derivados . . . .

Esto, no son sueños de poeta. Ni yo vivo tampoco en el país de la quimera. Está al alcance de cualquier hombre de medianos arrestos, sin que necesite ponerse la armadura de los héroes. Hemos nacionalizado en parte varias industrias: pastas alimenticias (a base naturalmente de trigo exótico; pero algo es), jaleas, candelas, muebles . . . . Y, de facto ad posse valet consecutio, que decían los antiguos. No podemos aspirar a la construcción de máquinas, porque aunque los dioses nos hubieran concedido alguna veta de hierro, pero nos han negado el carbón para fundirlo, desde que la formación geológica de Centro América es de la Edad Terciaria. Tampoco podemos aspirar a la creación de una riqueza olivífera ni vitícola. El aceite y el vino escapan a nuestras posibilidades: el aceite, porque el olivo parece ser *propio y exclusivo* de la cuenca mediterránea, sin que hasta ahora los agrónomos acierten a explicarse esta predilección; y el vino, porque el vino es enemigo a muerte del agua. Y esto no es ningún chiste. La uva mejor del mundo, la de Almería, es producto de una de las regiones más áridas de la Península que es, a su vez, de las de menos agua en Europa. Y el agua escandalosa de Costa Rica no permite ni siquiera esbozar un solo silogismo sobre tal posibilidad. Cada región del globo no puede ser una síntesis paradisiaca en la universalidad de la producción. Es más bien admirable, cómo en una área tan pequeña como la de Costa Rica, por efecto de su moderada latitud combinada con una altitud escalonada desde el nivel del mar hasta la cordillera central (1,500 m.) que determinan dos regiones geográfico-agrícolas distintas, en dos soberbios anfiteatros, por la diversa exposición de sus dos vertientes al Norte y al Sur;

es admirable, repito, que en esta pequeña área se dé, o mejor haya posibilidad de darse una gama de cultivos que sólo se dará con igual abundancia y riqueza en pocas regiones del globo. Esto afirmo. Pero también sostengo que, previamente, hay que hacer algo que posibilite estas esperanzas. Y aquí he llegado a la cúspide de mi pensamiento, a lo que constituye el nudo central de mi posición. Lo diré de una vez: *Hay que crear la agricultura de verano con agua dirigida.* De otro modo: *Hay que crear el regadío en Costa Rica.* Y mientras aquí no lleguemos, no podremos salir de esta agricultura niña. La llamo niña, porque hace niñerías, cosas tontas, propias de la minoría de su edad. Tenemos ciertamente una fase agrícola con barbas: la del café. Que a todos los componentes de una agricultura integral les salgan y crezcan las barbas, tal es nuestra aspiración. Para llegar a esto, inventaremos, descubriremos el *regadío* en Costa Rica. No necesito explicar a mis lectores el significado de esta magnífica palabra de la lengua española: *regadío*. En este instante buscamos al Colón que en las carabelas de su pensamiento agricultor revolucionario, revolviendo los métodos y las técnicas, aventando los tiempos y las estaciones y sepultando las venerables rutinas, y clavados como dos clavos en su frente estos dos solos pensamientos, *verano y agua, sol y riego*, se lance al descubrimiento de esta tierra virgen, regalándole a su nación el nuevo mundo de una riqueza nueva . . . . Costa Rica tiene que alumbrar al grande hombre, al superhombre que haga esta organización, esta revolución, *al que cree el regadío*, y el Estado costarricense tiene que dejarle franco el paso y sembrarle de facilidades el camino. Y necesitamos que este revolucionario del campo les diga a todos

los labradores del país que el verano tiene que ser algo más que la estación de las quemas; que el verano tiene que ser en adelante la estación del regadío y de las grandes cosechas. Coger en cultivo de regadío un gran rendimiento de maíz, de frijoles y de arroz, en marzo y abril, tal debe ser el desideratum de la labranza nacional. Técnica para esto: el agua dirigida. Y por lo que toca el arroz: sistema de almácgos y largas inundaciones del terreno hasta que se inicie la madurez. ¡Y qué cosechas brinda el verano al hombre emprendedor que se lance por la vías de esta nueva técnica! Todo concurre en el país y en los meses dichos, a premiar al labrador con enormes recompensas. Para el frijol y el maíz, zonas de una gran tolerancia de alturas; para el arroz, zonas bajas, vegas próximas a los ríos. Agua, la que se sangre de éstos; en último caso, la que se alumbre de la tierra. Tengo para mí que, desde el altiplano hasta el mar, ha de encontrarse el agua a menos de cinco metros de profundidad. *Derivada* el agua o *alumburada*, el sol de marzo hará lo demás. Ese padre sol cargado en ese tiempo de fuego, de radiaciones bioquímicas, de vitaminas misteriosas, de vivificante luz . . . Con el agua por delante ¿qué más se puede desear para una agricultura feliz? No se olvide que, si el agua es madre de las plantas, el sol es padre de los frutos; y que no hay fruta sabrosa, delicada y fina, si el padre sol no la ha acariciado largamente, largamente . . . Esto es cosa tan averiguada que no es menester insistir. Tiene uvas y frutas Inglaterra excelentes a la vista, pero que no se pueden comer. El Norte de España, lluvioso, nuboso y húmedo también tiene uvas que no pueden compararse con las de levante y mediodía, donde reverbera descarado e im-

placable el padre sol. Los frutos de climas lluviosos y húmedos no admiten parangón con los de clima ardiente y seco. Y sin salir de Costa Rica, comparad los productos de invierno y los de verano; y como caso típico, el tomate de setiembre con el de abril y decidme si no tengo razón. El padre sol es condición sine qua non para dar a los frutos insuperable sabor y finura incomparable. No es otra la razón de la fama de suprema categoría que conquistan las frutas de España. Sus uvas, sus melocotones, sus ciruelas, sus albérchigos, sus peras, sus melones, sus cerezas, sus avellanas, sus nueces, sus almendras, han salido a las plazas universales a luchar en campo abierto y a ganar la batalla a las frutas de Europa y América. Y ¿qué decir de sus naranjas cuya producción supera el millón de toneladas con valor de más de trescientos millones de pesetas, y ésto, sólo en cuatro o cinco de sus 50 provincias? Se ha dicho con frase bella que cada fruta de España lleva cuajado dentro un pedazo de su sol; y esta frase que hasta ayer sólo la firmaban los poetas, hoy la firman también los químicos. Nada como aquel sol pujante, reverberante, vitamínico y creador de julio, agosto, setiembre, síntesis de calor y de movimiento, de energética y de vida, de afirmación y de optimismo, de orgullo y de inspiración, y quizás, padre también del *Kalos* y del *ethos* de la raza . . . ! ¡Sol de marzo y abril! ¡Frutos sembrados en noviembre para cogerlos copiosos, seguros, insuperables bajo el signo de Aries, sois la agricultura del porvenir! Casi me atrevo a afirmar que hay que olvidarse del invierno y de su agua tonta y loca dejándolo limitado a los cultivos actuales de exportación y a los tradicionales de la mesa nacional, y que el labrador *tenga puesto todo su pensa-*

*miento inteligente en el primer trimestre o cuatrimestre del año*, para revolucionar la economía total. Los pueblos han podido vivir hasta ahora medio dormidos, porque una carencia casi universal de instrucción y de luz, una visión falsa del mundo y un equilibrio poliseccular de las instituciones humanas, efecto de las causas anteriores, los tenía sumidos en un general atontamiento que les hacía mirar el porvenir con la despreocupación de una filosofía ingenua, primaria y beatífica. ¡Pero, ahora . . . ! El que más y el que menos se conquista un lugar al sol a patadas y se disputa una acera a codazos. El mundo se ha hecho muy pequeño y está bajo el signo de la violencia. ¿El porvenir? ¡Cualquiera lo sabe! ¿El mandato de la prudencia, el imperativo de hoy? Luchar, luchar, luchar, transformarse, renovarse . . . . o morir. Todo menos dormir. El progreso de los tiempos ¡oh paradoja inmensurable! no da ya para tanto! Como en el monólogo de Hamlet, hoy dormir es morir; morir, dormir, dormir, morir, todo es igual.

\*

\* \*

Al hablar arriba de los productos del futuro regadío en Costa Rica, sólo he tocado los tres granos sagrados de la nación. Entiéndase, empero, que todo lo dicho debe aplicarse a la producción de toda clase de hortalizas y legumbres en todos sus estados y formas. Se traen del extranjero grandes cantidades de conserva de espárragos, judías tiernas (vainicas), bisaltos (petit pois), pimientos, tomates, etc. ¿Por qué? Esto es un absurdo. Oíd mi sentencia: la agricultura nacional puede y debe sumi-

nistrar la materia prima para estas elaboraciones; el país tiene que alumbrar al hombre emprendedor y el Estado debe favorecerlo. No es necesario llamar a Diógenes para que salga a buscar con su linterna al hombre genial. No es menester ningún hombre superior; basta un hombre de tipo medio, del nivel común, que estudie el negocio y (si es preciso) vaya al extranjero a estudiar la técnica del caso y que, una vez adquirida, retorne al país, dispuesto con entusiasmo a echarle unos puntos de sutura a esta sangría nacional. No tengo estadísticas a mano; los que las tenéis, estudiadlas y decidme si no vale una buena misa este París de San José.

Y los que tenéis imaginación, calculad el impulso que tomaría la iniciativa privada del labrador para levantar en regadío de verano grandes cantidades de productos hortícolas, en cuadro completo, con destino a la fábrica de transformación. Y notad también que las especies finas de habichuelas blancas, aptas para conserva y para grano, pueden producirse a la perfección, pero en sistema de regadío de verano, siendo condición precisa única la renovación anual de la semilla, pues ésta degenera a la segunda generación como he tenido ocasión de experimentarlo. Yo proclamo que una agricultura de regadío en el primer tercio del año, puede redimir en absoluto la agricultura nacional. No se perderán las cosechas por carta de menos ni por carta de más. Por carta de menos, porque el regadío supone el agua precisa y segura, ya derivada, ya alumbrada. Por carta de más, porque está en la mano y en la inteligencia del labrador la regulación del agua. Cosa que no pasa en la labranza tradicional, o sea, de invierno, porque un temporal de 'aguas locas como el próximo pasado, puede destruir en unas horas

la despensa de todo el año. Hay que abrir las cabezas duras de Costa Rica, hay que alumbrar las cabezas oscuras para que brille en ellas este pensamiento nuevo: *hay que crear el regadío*. Cuatro o cinco meses aptos tienen Europa y Norteamérica para la función agrícola, y veá cómo desbordan sus productos por todos los vientos de la rosa náutica. Y tienen para conseguir el agua, dificultades tremendas que nosotros desconocemos.

Y para cerrar este estudio, y por vía de comparación, de meditación y de estímulo, trazaré a grandes rasgos la agricultura de una región que bien puede ser considerada como el prototipo de labranza racional e inteligente en sistema de regadío. Hablo de Valencia, en España, una sola de las 50 provincias de la República.

Valencia tiene en números redondos una extensión superficial de 10 mil kilómetros cuadrados: más o menos, la quinta parte de Costa Rica. La renta anual del campo valenciano se aproxima a los 500 millones de pesetas. *500 pesetas por hectárea*. Componentes principales de este total son: *La naranja* que trae anualmente a España unos 320 millones de pesetas. *El arroz* con una área de cultivos de unas 40 mil hectáreas y un rendimiento superior a las 300 mil toneladas, de 7 a 10 toneladas por hectárea; deducidas 250 mil para el consumo nacional queda un extra de 50 mil toneladas para la exportación con un valor de unos 30 millones de pesetas para la economía del país. *El cacahuet o mani*, con una área de cultivo de 8 mil hectáreas y una producción de 20 mil toneladas; abastecido el mercado interior queda un saldo exportable que se traduce en 15 millones de pesetas. *Hortalizas de toda clase*; el regadío subtropical de esta región produce el cuadro completo de hortalizas tem-



pranas, legumbres, tubérculos, bulbos y raíces propios de la zona templada, en cantidades asombrosas que inundan los mercados de Europa. *Frutas de la zona templada*, albaricoques, ciruelas, uvas, peras, melones, que en innumerables cajas irrumpen fuera de las fronteras.

Ahora bien: toda esta cordillera fantástica comestible se produce en *régimen de ríjico regadío, con agua sabia*, sin dejar nada al azar del agua tonta. El agua tonta, por otra parte, es bien escasa en esa provincia española que pertenece por su clima al régimen noráfricano, seco, ardiente y árido. El agua sabia precisa para esta elaboración agrícola la obtiene de dos modos: o *derivada* de sus escasos ríos y repartida en cientos de miles de kilómetros de acequias por toda la huerta, o *alambrada* por medio de norias y molinos desde una profundidad que oscila entre los 80 y los 300 metros. ¡Esto, Inés, éllo se alaba!

Piénsese por un momento en los capitales que la sola industria de la naranja moviliza: la *agricultura* invirtiendo buena parte de sus ganancias en jornales, riegos, abonos, impuestos, fumigaciones . . . : *el comercio* pagando jornales de recolección a hombres y mujeres en los campos y en los almacenes de confección de cajas, donde se selecciona el fruto y se clasifica para sus diversos fines; *la industria* fabricando el papel de seda especial de envolver el fruto, las litografías, las trenzas y serones de esparto, las cajas de madera y los clavos necesarios para exportar esta friolera que vais a oír: *por mar*, unos 15 millones de cajas, y *por tierra*, 57 mil vagones de ferrocarril, sólo de naranjas. Daré una idea gráfica de esta cantidad. Los 57 mil vagones a 5

metros de longitud por unidad vagón darían un tren de 285 kilómetros de longitud. Es decir que, para contener esa cordillera de naranjas que se exportan sólo por tierra, sería insuficiente una línea de ferrocarril que partiendo de Puerto Limón y atravesando la capital fuera a terminar en Puntarenas, cubierta sin interrupción de una fila de vagones. Esto parece increíble, pero así es.

Otro ejemplo al que no puedo resistir: las islas Canarias. Superficie total: 7,000 kilómetros cuadrados. La séptima parte de Costa Rica. Agricultura exportable: 150 millones de pesetas oro. Productos básicos de esta exportación: bananos, patatas, cebollas, tomates. Técnica para esta producción: el regadío con agua de arroyos, arroyuelos, o de noria, pues Canarias pertenece por su clima al régimen del desierto del Sahara del cual es cabecera, o bien, apófisis y prolongación. (1)

Producción comparada de Valencia y Canarias con Costa Rica:

Costa Rica, 50 mil kilómetros cuadrados, 500 mil habitantes. Canarias, 7 mil kilómetros cuadrados, 500 mil habitantes. Valencia, 10 mil kilómetros cuadrados, 1 millón de habitantes.

A igualdad de habitantes de Costa Rica con Canarias y con una superficie 7 veces mayor, su agricultura exportable sería  $7 \times 150$  millones = 1,050 millones de pesetas oro = 850 millones de colones. Siendo Costa Rica 5 veces mayor que Valencia, su agricultura exportable tendría

(1) Tan escasa es el agua en las islas, que algunas fincas que la tienen propia, han llegado a pagarse a razón de 180 mil por hectárea. ¿Qué importa? del cuero salen las correas.

un valor de 2,500 millones de pesetas papel = 1,250 millones de colones. Y comparando habitantes, el valor de su campo sería 625 millones en moneda nacional.

Y no digo una palabra más. Compárense técnicas: agua mucha, pero tonta; y agua poca, pero sabia. Compárense resultados. Cíerrense los ojos. Medítese. Y resuélvase.

VÍCTOR LORZ